

Leg 16 faguetes *57²*
DISCURSOS *no 50.*

LEIDOS ANTE LA *1314*

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DE

DON ANTONIO PIRALA

EL DÍA 19 DE JUNIO DE 1892



MADRID

IMPRENTA GONZÁLEZ ROJAS

Calle de San Rafael, 9

1892

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DE

DON ANTONIO PIRALA

EL DÍA 19 DE JUNIO DE 1892



MADRID

IMPRENTA CONZÁLEZ ROJAS

Calle de San Rafael, 9

1892



HTCA

U/Bc LEG 16-2 n°1314



1>0 0 0 0 5 9 6 3 8 6

DISCURSO
DE
DON ANTONIO PIRALÁ

SEÑORES ACADÉMICOS:

Se pide benevolencia por cortesía; yo la pido por necesidad.

En cuanto á los que desde hoy son mis compañeros, y considero como hermanos, deseo me concedan bondad tan grande, cual lo es mi gratitud por la honra que me han dispensado. Procuraré merecerla, aunque más seré discípulo que colaborador en las importantes tareas á su sabiduría encomendadas.

Apena que el regocijo que la elección produce, lo neutralice el sentimiento de que ha necesitado abrirse una tumba para que se me abrierán las puertas de esta Academia; y si bien no llegó el Excmo. Sr. D. Manuel Cañete á ocupar el puesto para que fué elegido, no por eso es menos sensible su muerte, por la que han perdido las letras uno de sus más conspicuos cultivadores. El señor Cañete fué quien después de Moratín, ha ilustrado la historia del Teatro español hasta Lope de Vega. A consejos del Sr. Cañete se debió la publicación de las *Obras inéditas*, del Excmo. Sr. D. Manuel José Quintana á las que precede un valioso juicio crítico, del que es-

timaba enriquecer con aquella publicación la literatura castellana, por haber en el libro preciosas muestras de casi todos los géneros que cultivó el coronado vate; bastantes á demostrar sus admirables prendas de poeta, de crítico, de historiador, de publicista; disculpándose el mismo Sr. Cañete de extenderse en discurrir sobre las poesías inéditas de Quintana, por ser la fama del poeta la que más ha hecho resonar en uno y otro hemisferio su nombre.

También como historiador; que es el objeto de mi discurso; escogiendo yo nombre de tal gloria y fama, para que pueda mi pequeñez ampararse tras de tanta grandeza.

En Madrid, donde nació, aprendió la 1.^a enseñanza, en Córdoba latinidad, en el Seminario de Salamanca retórica y filosofía y en su Universidad ambos derechos. Grave á la vez que bondadoso, retraído más por falta de recursos que de compañerismo, tenía algo de filósofo prematuro: ya al fin de su carrera, y en adelante, su afición al estudio le retraía más del trato de las gentes, consagrándose al de los libros, de los que llegó á formar selecta biblioteca (1). Empezó á darse á conocer como poeta desde los 19 años de edad; fué á poco para el público el patriota y el político, y su mérito le dió posición (2).

Partidario de reformas que sacasen á España de la abyección en que estaba, no quería, sin embargo, esos trastornos políticos que desatando los vínculos de la naturaleza y de la justicia, corrompen las costumbres. Rechazaba al mismo tiempo las ofertas de Ofarril para que contrarestara con su pluma el torrente de la opinión

pública, y se lanzó decidido á publicaciones patrióticas,

«Dando en defensa de la patria mía
Ecos de libertad, entonces nuevos».

En los célebres manifiestos que redactó por orden del Gobierno, dirigidos á la Nación española y á Europa, se hablaba por primera vez con dignidad, franqueza y elegancia; y el famoso de la Junta de Cádiz para América, le produjo grandes amarguras, combatiendo sus émulos filantropías que estimaban inconvenientes, obligándole á publicar un folleto en el que briosamente defendió su reputación, humillando á sus enemigos y acreciendo su gloria en la estimación pública y la confianza en el Gobierno, llegando á ser candidato á ministro. Rechazándolo su modestia, fué nombrado individuo de la comisión encargada de formar un plan de instrucción pública, redactando aplaudido informe, para que la enseñanza fuera exclusivamente en idioma español, pública, gratuita y libre; lo que constituía un gran adelanto en aquel tiempo. También fué asociado á Calatrava, Argüelles y otros para redactar el Código criminal, y á pesar de los sarcasmos del autor de la *Filosofía de la elocuencia* y de los que criticaban el estilo y lenguaje de Quintana, se le abrieron, sin pretenderlo, las puertas de la Academia española, en la que influían sus opiniones literarias; encargándole por común consentimiento el discurso de felicitación á S. M. á su llegada á Madrid. De la misma manera fué elegido académico de la de San Fernando.

El triunfo de los anticonstitucionales, sumió á Quin-

tana preso en hediondo y estrecho calabozo del cuartel de Guardias de Corps, del que salió para la ciudadela de Pamplona, donde estuvo encerrado cerca de seis años, privado de toda comunicación y hasta de escribir en mucho tiempo.

Al referir en su Memoria sus padecimientos y satisfacciones en el citado cuartel, donde también estaban presos el flemático Alvarez que se distraía inventando máquinas útiles á la agricultura; Martínez de la Rosa escribiendo anacreónticas; Argüelles, leyendo, hablando, disputando y criando ruisseñores, y Terán admirando y aventajando á todos en resignación, traza párrafos en extremo brillantes, que reproduciríamos á no temer la extensión de este discurso (3), como reproduciríamos también los dedicados á aquellas terribles circunstancias.

Vió Quintana en 1820 premiados sus padecimientos con el gobierno político de Navarra, que no pudo aceptar, por llamarle el ministro á Madrid, á desempeñar otros cargos notables (4), de los que fué despojado al abolirse el sistema constitucional. Retiróse á Extremadura, hasta que en Septiembre de 1828 se le permitió volver á Madrid á continuar sus trabajos literarios. La restauración liberal le reintegró en sus empleos y le elevó á prócer del reino. Mereció en 1840 el alto puesto de Ayo instructor de la Reina; redactó por encargo del gobierno documentos importantes; en 1855 tuvo el honor, hasta entonces no dispensado en España, de ser coronado pública y solemnemente por S. M. (5); falleció á los dos años, cumplidos escrupulosamente los deberes del más perfecto cristiano, conquistando la muerte del justo; costeó la Reina los fu-

nerales, y á los veinte años, Don Alfonso XII, pronto á asociarse á todo lo noble y digno, presidió la solemne traslación de los restos de Quintana al mausoleo erigido por suscripción en el Cementerio de la Patriarcal, donde yacen (6).

En vida, y muerto, se le han dispensado grandes honores; el mayor, á nuestro juicio, es que sea Quintana el único escritor que ha visto publicadas sus obras en la *Biblioteca de autores españoles*.

Si á la mayor altura ha brillado siempre Quintana como poeta, no pasando de los umbrales de esta casa el político, procuraré, aunque trabajosa y no lucidamente, presentar al historiador; habiendo de contenerme en los límites que el tiempo exige y la paciencia y bondad del público me imponen.

Las VIDAS DE LOS ESPAÑOLES CÉLEBRES aparecieron en dos épocas: el tomo I en 1807 y el II en 1833; no dando la preferencia á otros modos de escribir historia en su parte económica y política, por creer que en la moral las *Vidas* les llevan una ventaja conocida y su efecto es más seguro. Así pensaba Quintana, considerando que el mayor escollo de tal género es la perfección dada por Plutarco á las suyas. Tómale por modelo, inspírase Quintana en la bondad de su pensamiento y en lo firme de su propósito; en vez de desmayar ante las dificultades, recibe alientos del corazón é inspiración del alma; le seduce la encantadora armonía de lo útil con lo agradable de su empresa, y á ella se lanza animoso. No tiene que afanarse en bus-

car personajes extraordinarios de relevante mérito, porque abundan en nuestra patria, y así emprende su labor, haciendo objeto de su libro la pintura de aquellos caracteres sobresalientes, omitiendo la solución de las cuestiones oscuras por falta de documentos auténticos, porque en tal caso, en vez de hacer una obra de agradable lectura y de utilidad moral, que era lo que se proponía, sería un libro de indagaciones y controversias, que las consideraba propias de un erudito ó de un anticuario. Tomando por guía los más acreditados autores, trazó sus cuadros, declarando que cuando salieran de los archivos públicos y particulares, las infinitas preciosidades en ellos encerradas, se corregirían muchos errores, se tendrían mil datos necesarios para escribir nuestra Historia, y podrían nuestros héroes ser mejor conocidos. Entre tanto, teniendo Quintana por contrario á la dignidad y objeto de un historiador el elogio inmerecido, exagerar el bien y disculpar ú omitir el mal, procura evitar estos escollos, y ocuparse de aquellos personajes cuya celebridad atestiguan la Historia y la tradición; escribiendo sus vidas sin odio y sin favor, aunque no sin la severidad que cree útil á la historia.

Si Quintana cumplió lo ofrecido es fácil verlo. Quien le sustituyó en la Real Academia Española, el Excmo. señor D. Leopoldo Augusto de Cueto, rindiendo mayor tributo á la verdad que al elogio y sin prescindir de la censura que justa consideraba, dice de las VIDAS DE ESPAÑOLES CÉLEBRES, que honran el corazón y el entendimiento de su autor, que son uno de sus más brillantes lauros, por la noble tendencia que impulsa á Quintana

presentando en cuadros biográficos correctos y elegantes la imágen fascinadora de hidalgos hechos. Con más lisonjeras frases le juzgan otros, y le censuran.

Galiano, sacrificando el concepto á la frase, dijo que las *Vidas* carecen de vida, y da más mérito á las *cartas* á Lord Holland, sin perjuicio de llamar á Quintana gloria moderna de nuestra patria. No había seguramente en Quintana como historiador el fuego y la vehemencia que en el Quintana poeta; pero ¿en cuál de las vidas que traza deja de haber bellísimos y animados cuadros, llenos de verdadera vida?

Por el contrario, el Sr. Menéndez Pelayo, después de exponer algunos lunares, dice: «Pero Quintana era al cabo hombre de grandísimas facultades intelectuales, y en ciertos casos llegó á hacerse saludable violencia, mostrando dotes, no sólo de imparcial y rectísimo juez, sino de narrador animado y elegante, de verdadero discípulo de Plutarco, ya que no de émulo de los Basante y de los Thierry». — «Nadie, añade, dejará de contar entre las mejores lecturas de este siglo la de las vidas de D. Alvaro de Luna, Vasco Núñez, Francisco Pizarro y Fray Bartolomé de las Casas».

Desde el Sr. Ferrer del Río su primer biógrafo, hasta el último escritor que de Quintana se han ocupado, y han sido muchos, ninguno ha dejado de ensalzar su nombre, de divulgar su fama, de hacer su apoteosis; prescindiendo todos de esas opiniones hijas la mayor parte de las veces de la pasión ó de convencionales intereses, para remontarse en alas del genio á las esferas de la ciencia, donde se rinde el debido tributo al saber y á la virtud,

donde se pospone lo terrestre á lo elevado; donde las mezquinas pasiones hacen plaza á la alteza de los sentimientos; donde el alma tiene puros destellos y el corazón efluvios de amor, de ternura, de patriotismo, de todo lo que eleva la dignidad humana, que goza más en lo que la dignifica que en lo que la rebaja.

Entre los extranjeros no se hallan más que aplausos para Quintana; aun los mismos franceses le presentan como el escritor que ejerció en su época la mayor influencia, el que adquirió la más brillante aureola, el que más hizo conmover el corazón de sus compatriotas.

En los Estados Unidos se agotaron siete ediciones de las VIDAS DE ESPAÑOLES CÉLEBRES, antes que en España una; y en todo el Nuevo Mundo se conocen las obras de Quintana y se pronuncia con afecto el nombre del cantor de

«¡Virgen del mundo, América inocente!»

que tanto lisonjeaba á sus pobladores, aunque no hubieran sido tan inocentes sus antepasados.

Para Quintana no empezó la posteridad en el sepulcro, lo cual tiene á la vez que la facilidad inconvenientes para los contemporáneos, si preciso fuere juzgar bajo todos sus aspectos al que no sólo ha desempeñado altos empleos en la administración pública, sino participado de doctrinas políticas cuyo prejuicio corresponde á más remotos tiempos. Una ventaja, é importante hay en los contemporáneos; la mayor facilidad en saber la verdad, aunque haya más dificultad para decirla; dificultad que no existe en Quintana, por haber sido su vida dechado de rectitud y de firmeza.

Si en las obras debe conocerse al autor, en pocas se cumple tan perfectamente este principio antropológico ó biológico, como en las de Quintana. En ellas se retrata el hombre austero, intachable, integérrimo, el patriota, el adorador de cuanto enaltece á la humanidad, el que por la misma llega, si no á ofender, á olvidarse de su patria, reprochándola que tuviera hijos que pudieran prescindir alguna vez, no de los puros sentimientos religiosos y humanitarios, sino de que los indios eran hijos de Dios; que jamás dejaron de considerarlos como tales nuestras leyes, ni de recomendarlos, tanto la sin par Isabel, como la desventurada doña Juana, y el que sin dejar de ser temible guerrero en Europa y Africa, recomendaba se tratara á los indios casi como á hermanos.

En esta nuestra querida España, en la que el valor es virtud, la audacia mérito, se aplaude la osadía, se enaltece el sacrificio y se inmortaliza lo temerario; en la que todas estas cualidades han inspirado ese tesoro de romances, que nación alguna igual posee, porque tampoco han poseído, al menos en tan gran número, los héroes que los inspiraron; héroes identificados con nuestro carácter en todo lo que de hidalgo y aventurero tiene, que participan de nuestras pasiones, y más especialmente con las de la masa del pueblo, como si tomaran de él hasta el fanatismo patriótico que le lleva á Covadonga á restaurar la monarquía, á Roncesvalles á derrotar á Carlo Magno, con Hernán Cortés y Pizarro á ganar un mundo, á Maravillas el 2 de Mayo, y á toda España á conquistar la independencia nacional y un trono al que lo deshonoraba; esos héroes anónimos que apenas tienen gloria propia,

porque lo es de la colectividad, descuellan al fin de entre sus compañeros, les guían, y ya de un pastor surge un Viriato ó de un caballero un Cid.

Y no es como ha dicho un escritor extranjero, que del bandolerismo se hiciera una profesión en la Europa de la Edad Media; sí es verdad que el pueblo admiraba y ha admirado siempre más al aventurero que adquiere renombre que al general que poseyendo las más precia- das dotes militares necesita multiplicar los sacrificios arriesgando la vida para adquirir la gloria. Así dice Quintana á este propósito: «Héroes para los unos, for- gidos para los otros, ya terminan miserablemente su ca- rrera cuando, desecho un ejército se deshace su poder; ya dándoles la mano la fortuna, se ven subir al trono y á la soberanía. Tales fueron algunos generales en Alemania, cuando las guerras del siglo XVII; tales los capitanes lla- mados *condottieri* por los italianos, en los siglos anterior- es; y tal probablemente fué el Cid en su tiempo, aunque con más gloria y quizá con más virtud». No sólo con más gloria y con más virtud, sino con incuestionable superio- ridad sobre todos sus similares en el mundo.

Los hechos de estos héroes impresionaban más que los de los reyes, porque se consideraban como un deber las proezas de éstos y necesaria consecuencia su gloria, que parecía no aumentaba la de la corona; á los primeros se cantaba; y como nota oportunamente el sabio Milá, ni aun escogió la poesía aquellos varones que se distingui- ron por actos á la vez caballerescos y morales; el pueblo «se complacía sobre todo en oponer á los hábitos torcidos y á la molicie de la corte, la bravía independencia del

guerrero, y en pintar interesantes ó heróicas víctimas de la injusticia prepotente, vencida alguna vez, vencedora las más veces, aunque sin hallar resistencia ó castigo. No tanto un sistema político, como un sentimiento popular y guerrero que en cierta manera moral imprimió este sello en determinadas narraciones.»

Tal fué el Cid, el protagonista de nuestro primer monumento literario, el dechado de hijos, de esposos, de padres y de caudillos; de religiosidad ardiente y sincera; vasallo no siempre sumiso, aunque nunca traidor ni abiertamente rebelde; personificación del heroísmo y de la constancia; y de todos los héroes reales ó legendarios, ninguno ha conquistado tanto renombre y popularidad como el Cid, cuya proverbial valentía es comparación li-songera, y nombres familiares el Babieca y la Tizona, así como la fábula de que venció después de muerto. No sólo en España; preguntad en Francia, dice Dozy, á un hombre del pueblo, quien era el Cid, y os contestará, porque conoce la tragedia de Corneille y quizá la de Casimiro Lavigne. Haced la misma pregunta á un burgués alemán, y os responderá, porque ha leído la traducción que Herder ha dado de los romances, haciéndose el libro popular.

Inútil toda polémica sobre la existencia de la crónica latina del Cid, puesto que la guarda esta Academia (7), que escritores árabes se ocuparon de él, y que ni los extranjeros más rivales de nuestras glorias le niegan, permitiéndose algunos, como Viardot, llamar al Cid «el paladín célebre cuyo nombre despierta los recuerdos de la caballería y el héroe popular de más aventuras que los

Hércules, los Theseos y los semidioses de la antigüedad», para despojarle después de tanta gloria y presentarle poco menos que un bandido; lo cual no hacían los mismos mahometanos, pues aunque siempre que le nombran, añaden *Alá le haga pedazos, quebrante Dios sus miembros*, y lindezas por el estilo, consignaron que este hombre, azote de los tiempos, era, por su amor á la gloria, por la prudente firmeza de su carácter, y por su valor heróico, uno de los milagros del Señor.

Alarde de erudición haríamos presentando las opiniones de la multitud de escritores españoles y extranjeros relativas al Cid, muy especialmente después de publicada su vida por Quintana, quien respecto á escritores árabes, sólo pudo consultar á Conde, á quien no creemos culpable de muchos de los defectos que Dozy le atribuye, porque fué póstuma la publicación de su *Historia de la dominación de los árabes en España*, y encomendada á gente inexperta y no muy culta, que no podía suplir el *auto didacto* en el árabe de que se le acusa.

Quintana al historiar al Cid, bebió en las mejores fuentes, hasta entonces conocidas, y á haber poseído el árabe, se anticipara á los que han enriquecido la historia descubriendo abundosos manantiales. Como él mismo lo dice, en los tiempos antiguos de nuestra historia no percibía más que sombras, y en ellas confundidos los personajes, las costumbres y los caracteres, divisando no obstante en medio de semejante obscuridad «un campeón cuya fisonomía, ofuscada con los cuentos populares y la contrariedad de los autores, no puede determinarse exactamente, cuyas proporciones colosales se distinguen por

entre las nieblas que le rodean. Este es Rodrigo Díaz llamado comunmente el Cid Campeador, objeto inagotable de admiración para el pueblo y de eternas disputas para los críticos; los cuales, desechando por fabulosa una parte de las hazañas que de él se cuentan, se ven precisados á reconocer por ciertas otras igualmente extraordinarias».

Con tal criterio escribió Quintana la vida del Cid, en la que demuestra más temor en lo que afirma, que responsabilidad en lo que omite. Esta es una de las grandes dificultades en la historia antigua, cuyos narradores «no sabían de filosofía de la Historia, no se inquietaban de síntesis y de ideales, y podían con majestad olímpica, ajenos de inquietudes, de dudas y de zozobra, pintar el gran cuadro de la vida humana». Muchos sucesos referidos en la Crónica, no los han aclarado aún modernos historiadores, por no haber dado con los documentos comprobantes que quizá existan; así como hay hechos omitidos en la historia latina del Cid, cual el célebre juramento en Santa Gadea, comprobada después su exactitud. De aquí sin duda las cortas dimensiones dadas á una biografía de tan grande é interesante personaje; de que no se consiguen con el debido detenimiento, sucesos que no afectaban sólo al Cid, sino que interesan á la historia general. Siendo para unos respetuoso vasallo, altivo é insolente para otros, demócrata para los que ven en él al adalid de los derechos populares contra el poder real, era aristócrata para los que sólo le miran como el defensor de los privilegios de la nobleza, que no se doblegaba á voluntad alguna por elevada que fuese.

En la vida del Cid no rindió culto Quintana á sus

avanzadas ideas, admitiendo hechos que tanto se prestaban á favorecerlas; lo cual demuestra la intachable rectitud del historiador: retrató al Cid como su conciencia le dictaba, desdeñando el sentimiento dominante en la poesía popular de la época, tan democrata, tan sañosa contra los reyes, que hacía decir al jóven Rodrigo:

Por besar mano de rey
no me tengo por honrado;
porque la besó mi padre
me tengo por afrentado.

Es el Cid de los romances la personificación del sentimiento popular y de las ideas de los nobles; por esto le presentan contrario al rey, más de lo que lo fué; así que el romance no es la historia de los hechos, pero lo es de las ideas y costumbres de la época. Pudo el Cid haberse proclamado rey de Valencia, y mostró al no hacerlo estar desprovisto de la ambición que á los conquistadores domina.

No podrá censurarse á Quintana que dejara de escoger para referir su vida los personajes más sobresalientes. Guzmán *el Bueno*, podía ponerse al lado del Cid. Sin tener veinte años se distingue sobre todos en una batalla contra los moros; es el primero en un torneo celebrado en Sevilla, y muestra ante el rey la misma arrogancia y altivez que el Campeador, pues contestando á don Alfonso X, le dice:— «También es costumbre de los hijosdalgo de Castilla, cuando no son bien tratados por sus señores, que vayan á buscar fuera quien bien les haga: yo lo haré así, y juro no volver más hasta que con verdad me puedan llamar de ganancia» (8). Se marcha á Africa don-

de adquiere fama y riquezas; á él se dirige el mismo don Alfonso en la su cuita para empeñar su corona; viene á Sevilla á traerle su importe, y aunque reconciliado con el rey, pudiendo llamarse verdadero hijo de ganancia, vuelve á Africa, aumenta su renombre y riquezas, le llena de elogios el Papa, al regresar á España se encarga de la defensa de Tarifa, y si loable fué la abnegación de Abraham, obedeciendo á Dios, Guzmán inspirado en su patriotismo consumó el sacrificio. ¡Con qué elevado sentimiento dice Quintana: «Estaba reservado para nuestro tiempo tan pobre de virtudes civiles, disminuir esta hazaña achacándola más á ferocidad que á patriotismo. Injustos y mezquinos, medimos las almas grandes por la estrechez y vileza de las nuestras; y no hallando en nosotros el móvil de las acciones sublimes, queremos ajarlas más bien con una calumnia, que admirarlas y agradecerlas».

Si por este hecho no hubiera merccido el sobrenombre de *Bueno*, correspondíale por haber sido la Providencia de los necesitados, á quienes consagraba su fortuna.

Murió peleando por la religión y por la patria, y ya que ni él ni el Cid tengan una estatua, hoy tan prodigadas, merecía ser atendida su sepultura en San Isidro del Campo, por él fundado.

Quintana le erigió más perenne monumento, diciendo:

«Mira á tu gloria despertar la fama,
Que sus doradas alas desplegando,
Y sonando la trompa refulgente
Los grandes ecos de tu nombre envía
Del Norte al Mediodía,
Del templo de la Aurora al Occidente.»

El marino más célebre que se halla en los fastos de las naciones, desde el predominio de Cartago hasta el descubrimiento del Nuevo Mundo, según un biógrafo de Quintana, fué el escogido por éste, á pesar de haber nacido fuera de España; pero venido á Aragón desde muy niño, «aquí se educó, se formó, se estableció, por Aragón combatió, y al frente de fuerzas aragonesas; así que su pericia, sus combates, sus conquistas, su gloria, sus virtudes, hasta sus vicios mismos, nos pertenecen». En efecto, Roger de Lauria, el que ostentó como monumentos de sus victorias la bandera del príncipe de Salerno, los despojos de Nicotera, Castro Vechio y Taranto, los de Calabria, cuando hizo huir al rey Carlos de Regio, las cadenas morunas de los Gerves, las insignias del triunfo conseguido sobre los franceses en San Feliu y en Rosas, las riquezas obtenidas en Aguas y en Provenza y en otras, peleando siempre con tanta nobleza, que pudo sorprender y derrotar á la escuadra francesa, y la avisó, sin embargo, para que se aprestase al combate, descrito así por Quintana: «Medio día era pasado, y aún duraba la acción, cuando el general francés vió que sus galeras cedían y se inclinaban á huir. Llamábase Guillermo Corner, y estaba dotado de un valor extraordinario: encendido en saña por la flaqueza de los suyos, quiso aventurarlo todo de una vez, y con denuedo terrible acometió contra la capitana de Lauria, creyendo librada su victoria en tomarla ó destruirla. Abordóla por la proa: él con un hacha de armas empezó á hacerse camino por medio de sus enemigos, hiriendo y matando en ellos. Roger le salió al encuentro, y los dos pelearon entre sí con el esfuerzo que les distin-

guía y el furor que los animaba. En medio de la refriega, una azcona arrojada, clava á Roger por un pie á las tablas del navío, y una piedra derriba á Guillermo el hacha que tenía en la mano; entonces el general español, que había podido desclavarse la azcona, la arrojó á su contrario, que, atravesado con ella, cayó sobre la cubierta sin vida. Su muerte acabó de declarar la victoria sobre los nuestros, que con diez galeras apresadas, y rendidas las islas de Gozo, Malta y Lipari, volvieron triunfantes á Sicilia». Era aquel héroe quien decía que sin licencia de su rey no había de navegar escuadra ó galera alguna, y que hasta los mismos peces si querían levantar la cabeza sobre las aguas, habían de llevar un escudo con las armas de Aragón. ¡Lástima que quien tan acostumbrado estaba á vencer enemigos, no supiera vencer la ferocidad de su carácter, que era el más grande adversario de su fama!

Terminadas las guerras, en las que siempre fué la principal figura, se retiró á Valencia, donde murió. Aunque cumpliendo su voluntad se ha dicho que fué llevado su cadáver al célebre monasterio de Santas Cruces, no hay documento de tal traslación, más que el dicho de Zurita, y según reciente polémica, ni existen sus restos. A falta de ellos, la Diputación provincial de Tarragona le dedica una colosal estatua de bronce, y el Ayuntamiento pedestal en forma de panteón.

En la vida de don Álvaro de Luna, hace Quintana la historia de su época, que fué sin duda la más turbulenta de España, por la insaciable ambición de los magnates, con la que hubiera acabado don Alvaro y dado tranquilidad al reino, si no quisiera para sí lo que á ellos quitaba.

Laborioso y difícil es el trabajo del historiador, pero ha sabido presentarnos las altas cualidades que adornaban al favorito de aquel rey incapaz, que no hallando alegría ni consuelo ausente de don Álvaro, ¡tanta afición le tenía! le manda al fin degollar, cuando de sus consejos é influencias habíase ya cansado. A estar menos deslumbrado con su grandeza, á saber retirarse á tiempo, que es el sacrificio más difícil de los poderosos, salvara su fortuna y su vida.

Más grande don Alvaro que sus rivales, motivada su privanza en sus servicios, y disculpada su ambición y poder con su capacidad y talentos, dice con incontestable verdad su biógrafo: «pero si esta ambición y este poder tan largo tiempo combatido de una parte, y tan bien defendidos de la otra, se miden con el objeto y uso á que los dirigió el Condestable; si se pregunta qué engrandecimiento le debió el reino, qué mejora las leyes, qué adelantamientos la civilización y las costumbres, en qué disposición y estatutos procuró afianzar para lo futuro la quietud y prosperidad del Estado, ya la respuesta sería más difícil y el fallo harto más severo. Porque no de otro modo juzga la posteridad á los hombres públicos y el bien ó el mal que hicieron á las naciones que mandaron, son la única regla por donde los aplaude ó los condena». Así es también de grande enseñanza la vida de los que han dominado á reyes y á pueblos, sin dejar más memoria que la de su ambición para elevarse, la de su talento para enriquecerse, la de su astucia para conservarse, y la de su incapacidad para dejar otro recuerdo que el desdén de sus contemporáneos y el desprecio de la historia.

Con razón dice Quintana que al escribir la vida del desdichado Príncipe de Viana, no pudiendo contenerse en la indiferencia histórica, la pluma se baña en lágrimas y el estilo se tiñe con los colores que le prestan la indignación y el dolor. Aquel Príncipe, respetable por sus virtudes, admirado por su talento, simpático por sus tribulaciones, le lleva su mala suerte á verse en guerra frente á su padre, evitando la acometida los que siendo ministros de Dios cumplen su destino siéndolo de paz en la tierra, si bien no pudieron impedir posterior combate en el que fué prisionero el de Viana. Su vida desde entonces, es una serie de desventuras; pues aunque pudo ser rey de Sicilia, supo demostrar que no la ambición sino el amor á los navarros le hacía desear el gobernarlos. Distrajo su ostracismo, con sabias lecturas, escribiendo en prosa y verso, y en corresponderse con los humanistas y eruditos de su tiempo, hasta volver al seno paternal: cuando creyó conseguirlo, fué preso, pidió su libertad Cataluña, poniéndose, y gran parte de España, en armas; la consigue, entra triunfante en Barcelona, donde se prohibió penetrar á su madrastra la reina y el gozo que experimentaron los catalanes teniéndolo á su cabeza se trocó en desolación por su muerte, que malogró fundadas esperanzas en tan dignísimo como desgraciado Príncipe, heredero de muchos reinos sin llegar á poseer ninguno, del que el cariño del pueblo pretendió hacer un Santo.

Las letras lamentaron la pérdida del autor de la crónica de los reyes de Navarra, de muchas trovas que cantaba á la vihuela, del amigo del gran poeta Ausias Marc,

del traductor de la filosofía moral de Aristóteles, de un verdadero genio para las artes.

Cómo lo fué en la guerra el Gran Capitán es sabido, aunque nunca lo bastante para que deje de tenerse presente su vida como la de uno de los más gloriosos españoles, justamente elegida y narrada por Quintana con sobriedad y elocuencia; enseñándonos lo voluble que es la fortuna, lo frágil que es la gratitud, y la facilidad con que se olvidan los mayores beneficios. Es verdad que siendo Gonzalo de Córdoba franco, confiado, magnífico y liberal, era el rey celoso de su autoridad, suspicaz, económico y reservado, dando oídos á los enemigos de aquel héroe, comprendido sólo por la gran reina; pero cuando ésta falleció, ya no había valladar á injustas y feas sospechas, ni quien impidiera despojarse de la obligación del agradecimiento que tanto enaltece á las almas generosas. Así escribió: «que en ser de aquella manera tratado, conocía que estaba pagando lo que había ofendido á Dios por servir á S. A.» Se premiaron con amarguras sus altos merecimientos, con desdén su lealtad, con indiferencia su heroísmo, pero no pudo olvidarse su memoria, ni borrarse de la historia sus inmortales hechos, revelados con el elocuente testimonio de 200 banderas y dos pendones reales que adornaban su sepulcro, conquistadas todas á los enemigos del rey de España; con la inscripción que ostenta su tumba de que fué el terror de moros y franceses.

En Vasco Nuñez de Balboa, Francisco Pizarro y fray Bartolomé de las Casas, vemos personificados los heroicos conquistadores del Nuevo Mundo y el historiador de

ardiente fe y exaltada humanidad. Personajes de la época más gloriosa de aquel colosal Imperio, sin igual en el mundo.

Enseñando el primero atónito á sus castellanos el mar Austral que acababa de descubrir, conquistando el segundo el poderoso imperio de los Incas, y constituyéndose el tercero en apóstol y providencia de los indios, merecieron la inmortalidad á la que contribuyó Quintana. Domador Balboa de los montes, pacificador del istmo de Panamá, descubridor del mar del Sur que debiera llamarse de Vasco Núñez, considerado por los colonos de Darien como un ser privilegiado del cielo y de la fortuna, es sacrificado por un Pedrarias y colocada su cabeza en un palo afrentoso. Pizarro, elevándose desde el más humilde estado, por sus propios merecimientos, á la cumbre del poder y de la fortuna, elevación «tanto más gloriosa cuanto de más bajo comienza»; el que cuando mayores eran las contrariedades, las amarguras y los sufrimientos, y próximo á verse desamparado de los que escuálidos y abrumados le seguían, saca la espada y trazando con ella una raya en la tierra de Oriente á Poniente y señalando al Mediodía como su derrotero, les dice: «Por aquí se va al Perú, á ser ricos; por acá se va al Panamá, á ser pobres: escoja el que sea buen castellano lo que más bien le estuviere», y pasó la raya, siguiéndole sólo trece, es más que un héroe. No con este número, sino con 183 hombres, atacó al imperio más grande y civilizado del Nuevo Mundo. Los españoles no contaban sus enemigos; sólo se informaban de sus riquezas; no temían su resistencia; iban en busca de la gloria y de la fortuna que

ambicionaban, ó de la muerte que no les importaba. Así fueron héroes; así llegó Pizarro al apogeo de su fortuna, que habría conservado sin la civil contienda que terminó por entonces con el sacrificio de Almagro, ordenado por su constante amigo Pizarro y el asesinato de éste por los parciales de aquél.

Fray Bartolomé de las Casas, el célebre autor de la *Historia general de las Indias*, no pertenecía á su siglo: sus sentimientos humanitarios no podían menos de chocar con los belicosos instintos de la época, y más con los sentimientos y hasta con la necesidad de los conquistadores de un mundo que se encontraron con islas pobladas por antropófagos, con una raza distinta de las conocidas. Crueldades, horrores inauditos se cometieron en aquella legendaria conquista; pero, ¿cuántos horrores parecidos, si no superiores, hemos visto en los tiempos actuales, en los que la caridad y la filantropía parecen reinar en el mundo? De lo que se constituyera en protectora Providencia de los indios, que condenara aquellos feudales repartimientos y encomiendas, insulto de la humanidad y de la religión escarnio; que pretendiera que todos los indios de los españoles fuesen libres, que en la misma Corte, donde á veces dominaba más el interés que la justicia, tuviera que decir que «le era preciso comprar el Evangelio, ya que no se le querían dar de balde»; porque Bartolomé de las Casas, si como poblador y Gobernador no supo, ó no pudo distinguirse, nadie puede disputarle el primer puesto como misionero, ejemplar como prelado, distinguido como publicista, defendiendo un sistema religioso, humanitario, recomendable bajo todos conceptos, pero no en todas

partes ni en todas ocasiones practicable, por ineficaz. Es verdad, que con sólo la predicación consiguió el Padre Casas en Tuzulutlan y Coban implantar el Evangelio, que en la mayor parte del Nuevo Mundo era pacífico y dulce el carácter de sus pobladores; pero se necesitaba que todos los conquistadores tuvieran las prendas que al Padre Casas adornaban é inmortalizaron á Legazpi; que á las autoridades que á gobernar lo conquistado se mandaron, no les aguijoneara la ambición de oro, que era la dominante en los nuevos pobladores, considerando éstos como recompensa de sus sacrificios y consecuencia de su triunfo, la explotación de los conquistados, más ó menos cristiana y humanitaria en unos que en otros; como informan la mayor parte de los escritos que constituyen el libro *Cartas de Indias*.

Es notable que la filantropía del Padre Casas no se extendiera á los negros, cuya introducción en el Nuevo Mundo, como esclavos para aliviar á los indios admitía, de lo cual se arrepintió después.

Pudo haber sido el Padre las Casas, inquieto, desasosegado, bullicioso, pero no se debe olvidar que á pesar de sus errores, de sus exageraciones, de sus vehemencias, hay que reconocer aquel generoso impulso y benéfico propósito á que se consagró en vida y alma. Así le retrata Quintana, apasionándose algún tanto su noble corazón por todo lo que aparece humano, aunque no fuera político, ni conveniente.

No me constituiré en defensor de cuanto en el Nuevo Mundo se ha hecho; porque sería lo mismo que disculpar que al cabo de cuatro siglos en tan grande extensión de territorio, apenas le pueblan y hablan nuestro idioma

40 millones de almas, y eso que en poco más de medio siglo casi duplicaron su población; y en los Estados Unidos, en sólo un siglo, en menos terreno, le pueblan y hablan ya inglés más de 70 millones.

España se ha distinguido como conquistadora; pero, á nuestro juicio, no ha sabido colonizar, ó no ha contado con excelentes colonizadores.

Quintana se propuso escribir las vidas de bastantes españoles célebres; pero no pudo pasar de las nueve que conocemos y el principio de la del duque de Alba, cuya parte publicada puede considerarse como la más notable de cuanto escribió, no sólo por el retrato que hace del duque en su juventud, sino por la manera y forma de presentar los sucesos en que intervino, de importancia europea y africana. Las páginas consagradas al principio de la guerra en Alemania, desde la presentación de Carlos V en Ratisbona, los descuidos ó más bien torpezas de los confederados, que tan funestos les fueron, la bella descripción de las jornadas y sucesos ocurridos en las inmediaciones de Ingolstad, son bellezas que nos hacen lamentar la falta de la continuación, debida á una escrupulosidad exquisita, á un alto sentimiento de humanidad. Habíase insinuado que aquel personaje intercedió por los Condes de Horn y de Egmont, é inútiles las investigaciones de Quintana para confirmar tan loable acción, prefirió arrinconar la biografía casi terminada, á alabar sin convicción ó á hacer al de Alba ejecutor de una maldad, dudando de la exactitud. Las cartas que el Padre Osorio dice que vió en el archivo de la casa de Alba cuando escribió la historia del Duque, y de las que da un resumen

para defenderle de la nota de cruel, no consiguió hallarlas el Sr. Ferrer del Río, cuando en 1849 lo intentó por servir á Quintana; únicamente, según carta de éste, halló algo que parecía confirmar la indicación de Osorio; pero no era bastante al intento de Quintana. Ultimamente ha publicado la señora Duquesa una colección de documentos escogidos de su Archivo, (9) y ninguno se refiere á aquel importante asunto, que no es de los que puedan ser indiferentes á la historia de la casa de Alba.

No podían armonizar las ideas políticas del Duque de Alba con las de Quintana; y muestra su imparcialidad juzgándole. Donde pudo haberse mostrado severo, sólo dice: «Pero en medio de esta amable conducta, que decía bien en su juventud y en su estado, empezaban ya á manifestarse en él otras prendas menos populares y gratas: sobrada gravedad, tesón incontrastable, excesivo desagrado contra cualquier falta de disciplina, ahinco poco generoso en promover su castigo. Diríase que ya se presentaba desde entonces lo que se había de llamar después severidad inflexible del Duque de Alba».

Las cartas á Lord Holland, á las que reconoce Alcalá Galiano especial mérito, sirven de datos para la historia de la época, que en ellas se retrata con corrección literaria á la vez que con exacta severidad.

Empleada siempre su pluma tan noblemente, tanto así se ha considerado, que el Duque de Valencia nombró á Quintana presidente de la comisión por aquél creada para refutar los errores en que hubiesen incurrido los autores extranjeros al referir la guerra de la Independencia; entre los que figuraban los cometidos por Thiers al rese-

40 millones de almas, y eso que en poco más de medio siglo casi duplicaron su población; y en los Estados Unidos, en sólo un siglo, en menos terreno, le pueblan y hablan ya inglés más de 70 millones.

España se ha distinguido como conquistadora; pero, á nuestro juicio, no ha sabido colonizar, ó no ha contado con excelentes colonizadores.

Quintana se propuso escribir las vidas de bastantes españoles célebres; pero no pudo pasar de las nueve que conocemos y el principio de la del duque de Alba, cuya parte publicada puede considerarse como la más notable de cuanto escribió, no sólo por el retrato que hace del duque en su juventud, sino por la manera y forma de presentar los sucesos en que intervino, de importancia europea y africana. Las páginas consagradas al principio de la guerra en Alemania, desde la presentación de Carlos V en Ratisbona, los descuidos ó más bien torpezas de los confederados, que tan funestos les fueron, la bella descripción de las jornadas y sucesos ocurridos en las inmediaciones de Ingolstad, son bellezas que nos hacen lamentar la falta de la continuación, debida á una escrupulosidad exquisita, á un alto sentimiento de humanidad. Habíase insinuado que aquel personaje intercedió por los Condes de Horn y de Egmont, é inútiles las investigaciones de Quintana para confirmar tan loable acción, prefirió arrinconar la biografía casi terminada, á alabar sin convicción ó á hacer al de Alba ejecutor de una maldad, dudando de la exactitud. Las cartas que el Padre Osorio dice que vió en el archivo de la casa de Alba cuando escribió la historia del Duque, y de las que da un resumen

para defenderle de la nota de cruel, no consiguió hallarlas el Sr. Ferrer del Río, cuando en 1849 lo intentó por servir á Quintana; únicamente, según carta de éste, halló algo que parecía confirmar la indicación de Osorio; pero no era bastante al intento de Quintana. Ultimamente ha publicado la señora Duquesa una colección de documentos escogidos de su Archivo, (9) y ninguno se refiere á aquel importante asunto, que no es de los que puedan ser indiferentes á la historia de la casa de Alba.

No podían armonizar las ideas políticas del Duque de Alba con las de Quintana; y muestra su imparcialidad juzgándole. Donde pudo haberse mostrado severo, sólo dice: «Pero en medio de esta amable conducta, que decía bien en su juventud y en su estado, empezaban ya á manifestarse en él otras prendas menos populares y gratas: sobrada gravedad, tesón incontrastable, excesivo desagrado contra cualquier falta de disciplina, ahinco poco generoso en promover su castigo. Diríase que ya se presentaba desde entonces lo que se había de llamar después severidad inflexible del Duque de Alba».

Las cartas á Lord Holland, á las que reconoce Alcalá Galiano especial mérito, sirven de datos para la historia de la época, que en ellas se retrata con corrección literaria á la vez que con exacta severidad.

Empleada siempre su pluma tan noblemente, tanto así se ha considerado, que el Duque de Valencia nombró á Quintana presidente de la comisión por aquél creada para refutar los errores en que hubiesen incurrido los autores extranjeros al referir la guerra de la Independencia; entre los que figuraban los cometidos por Thiers al rese-

ñar la campaña que produjo la batalla de Bailén; y fué el encargado de redactar la Memoria que debía preceder á la historia de aquella jornada.

Aunque la crítica investigadora y justa haya encontrado lunares y siquiera manchas, que hasta el sol las tiene y brilla, los mismos expositores han hallado más que alabar, reconociendo superiores méritos en el poeta y el historiador que supo con su pluma erigir el pedestal de su fama, que le abrió el camino para la coronación, ciñéndole á su frente los laureles que había conquistado cantando en nuestro armonioso idioma himnos al patriotismo, loores á la civilización y al progreso, condenado la tiranía, ensalzado la humanidad y glorificado la virtud.

Si no tuvo un puesto en esta Academia, ella guarda con esmero y cariño la corona que el mismo Quintana le legó, como el don más preciado que poseía, como la representación del tributo rendido por una generación ilustrada al poeta de la patria, al historiador de sus glorias.

HE DICHO.

NOTAS

(1) Que se vendió á su muerte para pagar deudas, incluso 50 duros del traje con el que asistió á su coronación, después de la cual quedó tan pobre como antes; pudiendo decir lo que nuestro inmortal Zorrilla dice de sí mismo; que fué coronado pero sin lista civil.

(2) Dice así en su Memoria: «Los destinos que desempeñaba me sostenían con ensanche y con decencia. Mis estudios me habían adquirido una reputación suficiente á ser honrado y estimado donde quiera. La aceptación general que habían conseguido mis poesías líricas y la atención con que se sostenían en el teatro mis dos tragedias, á pesar de la grande contradicción que sufrieron al principio, me daban un lugar bastante recomendable entre los cultivadores de la poesía española. El primer tomo de la obra histórica (a) proyectada en honor de mi patria y utilidad de la juventud española, había merecido el aprecio de propios y extraños, tanto que de todas partes se me animaba á su continuación. Mi carácter y mi conducta agenos de toda intriga, de toda adulación, de toda malignidad, me habían ganado el aprecio hasta de aquellos mismos que no convenían conmigo en principios de crítica y de gusto. Contaba, es verdad, con algunos detractores literarios; mas no tenía ningún enemigo personal. Todos mis deseos se cifraban en pasar la vida entregado al estudio y al retiro, cultivando los libros y la amistad, y dedicado á justificar la reputación tal vez anticipada, que habían merecido mis primeros ensayos. Llegar á componer algunas tragedias que fuesen recibidas bien del público y estimadas de los inteligentes, y escribir un buen trozo de historia, era toda mi ambición y todas mis miras; ni más honores, ni más empleos, ni más ganancias»

(a) VIDAS DE ESPAÑOLES CÉLEBRES.

(3) No podemos resistir á la tentación de consignar la razón con que se lamenta en su Memoria no sólo de la vileza de las acusaciones, de la bajeza de los acusadores, de su triste situación, sino hasta del público, diciendo con amargura: «¿Qué esperanza en efecto puede tenerse de ser bien oído de un público que acoge sin ira y sin escándalo, tantas invenciones contradictorias y pueriles, tantos absurdos, sobre hechos ó caracteres conocidos y notorios? A quien la inocencia y la publicidad de sus acciones no le son defensa bastante ¿se la darán sus palabras?»—A esto podemos contestarle con sus propios versos:

«Crimen fueron del tiempo y no de España».

Prosigue la citada Memoria: «Mi suerte y la de mis tristes compañeros estaba irrevocablemente decidida desde que se resolvió nuestra prisión; más ó menos dura, más ó menos tarde, nuestra condición no podía ser otra que la de proscriptos; porque en las discordias y contestaciones políticas no se oyen alegatos de justicia, ni siquiera trámites del foro. El vencido cae, el vencedor resuelve; y según su furor, sus recelos, su compasión ó su desprecio, así absuelve, así olvida, ó inexorablemente condena».

(4) Fué uno de ellos el de presidente de la Dirección de Estudios, pronunciando como tal el discurso de instalación de la Universidad Central, justificando la creación de aquel centro docente que había de legar la *ilustración y la libertad*.

(5) Al ir con Espartero, jefe entonces del gobierno, la comisión autora del pensamiento de coronar á Quintana, á pedir la cooperación de la Reina, dijo esta Señora, «Que amaba á Quintana, no sólo como á su Ayo y Maestro, sino como el ingenio más grande de su reino; que estaba pronta á coronarle cuando la comisión lo dispusiera, y que, como ya había manifestado á Espartero, deseaba costear la corona de los fondos de su casa».—Esto no era posible por estar abierta una suscripción pública para darle la corona en nombre de la nación; mas no pudiendo la Reina costearla, se encargó de la bandeja de plata en que había de ofrecerse, en la cual se puso esta inscripción: *Isabel II á su muy querido Ayo y Maestro Quintana*. Suscribióse además para costear la corona. En esta se puso el rótulo siguiente: *Al gran Quintana la prensa periódica, los amantes de las glorias de España la Nación entera*. 1855.

Verificada la fiesta en el Senado, pronunció el Sr. Calvo Asensio un discurso en honor al patricio y del poeta, y éste, apoyado en los Sres. Martínez de la Rosa y general Infante, llegó al pie del trono,

diciéndole la Reina al ceñirle la corona de oro:—Yo me asocio á este homenaje en nombre de la patria como reina, en nombre de las letras como discípula.—Quintana contestó, que más que á sus merecimientos atribuía aquel acto al triste privilegio de los años.

Juzgando después el acto solía decir, «que, cuando era joven le hubiera matado el júbilo...; que con él se hacía como con el santo de la procesión, que se le viste y adorna, se le saca por las calles y luego se le vuelve á la iglesia, le desnudan y nadie vuelve á acordarse de él».

Un cuadro costeado por el Congreso y adjudicado en concurso público al pintor D. Luis López, representando la coronación, cuyo lienzo estuvo arrinconado en el Ministerio de Fomento, se trasladó posteriormente al Senado donde se halla.

(6) Ante ellos dijo S. M. que nada más justo que los muertos fueran honrados por los vivos, cuando aquellos habían dejado memoria ilustre por sus grandes hechos ó por sus elevadas dotes de inteligencia; que si la materia perecía, vivía siempre el espíritu que brilla con los fulgores de la belleza en las artes, en las ciencias, ó en la literatura; y ¿qué fulgor más vivo, añadió, que el que arroja el espíritu de Quintana, del patriota ilustre, del inspirado cantor de la libertad y de todo progreso humano? El es una de nuestras glorias contemporáneas más puras y contribuirá á que siga brillando la lengua española, que mientras otras glorias de nuestra patria se han debilitado, sigue dominando en dos mundos».

(7) «En 1846 tuvimos en las manos el m. s. original, que remonta por lo menos al siglo XIII ó acaso al final del XII. Fué nos confiado por el erudito anticuario alemán Mr. Heyne, á su vuelta de España, en cuyos archivos acababa de hacer largos estudios, y lo compró á un *belforinheiro*, buhonero francés..... La poca permanencia del señor Heyne en Lisboa no nos permitió confrontar menudamente el m. s. con la edición de Risco. Quede al menos aquí esta memoria de un monumento precioso que la Península perdió probablemente para siempre.»

Herculano. *Historia de Portugal*.

Sabedor el Sr. Gayangos de tal compra, la notició á la Academia, se hicieron las oportunas diligencias, se llegó á saber que el poseedor del Códice murió en las calles de Berlín en la revolución de 1848, quedó el m. s. en poder de su hermano, de quien se adquirió, mediante nuestro ministro en la corte prusiana, Sr. Marqués de Benalúa, viniendo á poder de la Academia de la Historia á fines de 1852; la

cual también posee una copia del mismo entre los m.m. s.s. de Salazar.

(8) Aludía al reproche de su hermano apoyado por el rey de haberle llamado hijo de ganancia, que así se decía de los que nacían de mujeres no veladas.

(9) De los que por encargo de la Real Academia ha hecho un erudito y excelente juicio crítico nuestro digno compañero el Sr. General Arteché.



CONTESTACION

DEL EXCMO.

S_{R.} D. ANTONIO SÁNCHEZ MOGUEL

SEÑORES ACADÉMICOS:

La última vez que os congregásteis en acto público y solemne, fué para dar asiento entre vosotros á un anciano benemérito, Maestro, iba decir fundador, de los estudios prehistóricos en España, que hasta entonces habían carecido de representación especial y propia en vuestro docto Instituto.

Por singular circunstancia, es hoy otro anciano, igualmente laborioso, cultivador infatigable y fecundo de conocimientos, cabalmente, los más diversos y distantes de los anteriores, el popular historiador de las postreras guerras civiles, quien se adelanta á recibir el merecido galardón de sus vigiliass y esfuerzos: demostración evidente de que en la Real Academia de la Historia no existen arbitrarias limitaciones científicas, ni menguados exclusivismos personales; que uno es el fin de su labor, y uno también el móvil que impulsa á todos sus miembros: ilustrar la historia patria, en todas las épocas de su vida y en todos los órdenes de las ciencias históricas.

Al llevar por primera vez la voz de la Academia, el sentimiento de la gratitud es el que más altamente debía

hablar en mí, y el que, seguramente, habla en estos instantes: que á todos vosotros pertenecía sin duda con más justos títulos, el honor que vuestra indulgencia ha querido dispensarme.

No correspondería ciertamente, á vuestras bondades, si os fatigase ahora con prolija é innecesaria reseña de los merecimientos del Académico entrante, y con no menos innecesaria y prolija enumeración de las excelencias del ilustre compañero á quien sucede. Son tan conocidos aquellos merecimientos y estas excelencias, que nadie ignora que el docto crítico D. Manuel Cañete, el primero de los ilustradores modernos de la historia del teatro español anterior á Lope de Vega, mereció, con legítimo derecho la elección que le acordásteis, y que el diligente investigador de noticias y documentos peregrinos, el más asíduo y erudito cultivador de la historia política de nuestros días, cualesquiera que sean las diferencias críticas que puedan existir en la valoración de sus obras, era acreedor en justicia al honroso llamamiento de la Real Academia de la Historia.

Ha elegido el nuevo Académico por tema de su discurso, uno de los asuntos más pertinentes y más simpáticos que cabe escoger en el vasto repertorio de la historiografía de nuestro siglo. Mi enhorabuena por la elección y el desempeño. Ya que el glorioso autor de las VIDAS DE ESPAÑOLES CÉLEBRES no llegó á ingresar en nuestra Academia, con merecerlo tanto, sin duda, porque en su tiempo eran más vivos é inevitables que en el nuestro los enconos políticos, el hecho sólo de habernos legado generosamente su Corona, requería por nuestra parte públicas

y solemnes demostraciones de reparación y gratitud, de admiración y justicia.

Poeta eminente, el mayor, á no dudarlo, de los nuestros en su época, y uno de los más grandes de la historia; crítico de ilustración y rectitud no superadas por sus contemporáneos; repúblico integérrimo, que vivió en exclusivo para el bien y la grandeza de la patria, según, honradamente, los entendía su intachable conciencia; caudillo insigne de aquella legión de honor de nuestra España promovedora de la libertad y el progreso, que á su heroísmo debemos, prosista animado y brillante, majestuoso cantor de la independencia española, biógrafo incomparable de nuestros mayores héroes nacionales, Quintana, fué, á un tiempo, el Píndaro y el Plutarco español de nuestro siglo.

La ceguedad de las pasiones políticas y el rencor de los partidos, pudieron desconocer, no pocas veces, la alteza del escritor y del patricio. Algunos de sus versos y de sus críticas levantaron enérgicas contradicciones. Sus ideas políticas y filosóficas, fragmentariamente analizadas ó aisladamente entendidas, motivaron apasionadas sentencias; pero, considerada en conjunto la personalidad admirable del poeta, del crítico, del historiador y del político, en todas las manifestaciones de su actividad y de su vida, nadie, que ejerza rectamente los talentos de la crítica, nadie, también, que aspire á ennoblecer su corazón con levantados sentimientos, dejará de reconocer, en modo alguno, que no ha existido jamás en nuestro suelo quien haya sentido con mayor intensidad y energía que el cantor de Guzmán el Bueno y el biógrafo de Gonzalo

de Córdoba, el odio á todas las opresiones y despotismos, el amor de la humanidad y el amor de la patria, ya, afortunadamente, en armonioso concierto, ya, por desgracia, en arbitrario combate de antagonismos infundados, en los que los sentimientos patrióticos de su alma son ahogados y vencidos por el avasallador imperio de las doctrinas filosóficas de su época.

Ni el historiador ni el poeta emplearon nunca las soberanas facultades de su espíritu en trillados asuntos, ni en subalternas y artificiosas composiciones. Bardo y tribuno de su tiempo, cantor de los grandes héroes, apóstol de las nuevas doctrinas, sus cantos, sus tragedias, sus VIDAS DE ESPAÑOLES CÉLEBRES, sus artículos políticos y literarios, las creaciones todas de su poderosa inteligencia, hijas son de un solo impulso y se encaminan á un solo fin: adoctrinar los entendimientos y encender los corazones en el culto de la justicia y en el enaltecimiento de la patria.

Los hechos capitales de la Historia, narrados en sus prosas ó cantados en sus versos, le sirven para propagar mejor sus enseñanzas y entusiasmos. *Pelayo* es el héroe de su mejor tragedia; *Guzmán y Padilla* de sus odas; el *Cid*, *Cervantes*, *Pizarro* y tantos otros, de sus obras históricas; los grandes inventos de la humanidad, como la Imprenta y la Vacuna, arrancan á su inspiración vigorosos acentos: los Reyes de la casa de Austria, sobre todo el fundador del Escorial, á quienes atribuye la ruina de España, exaltan su indignación y sus odios en fulgurantes estrofas; llora con la patria su rota en Trafalgar, y la voz de su arrebatado patriotismo es nuestro clarín.

guerrero en las inmortales batallas de la Independencia española.

Fué, pues, la Historia para Quintana, como para tantos otros, en sus días, ante todo, materia de sus sentimientos más bien que de sus reflexiones, instrumento de propaganda de sus ideas, espada y escudo para el combate. En sus mismos trabajos propiamente históricos, las VIDAS DE ESPAÑOLES CÉLEBRES, lo que más le importa no es, ciertamente, la investigación y crítica de los hechos, esto es, la verdadera labor científica de la Historia, sino la parte literaria y el fin docente, el encanto de la narración y las enseñanzas morales. Honradamente, nos confiesa que, al emprender este trabajo, no se había propuesto componer una obra de *«indagaciones y controversias propias solamente de un erudito ó de un anticuario»*, sino un libro, *«de agradable lectura y de utilidad moral»*. Y había preferido el género biográfico, precisamente *«por ser de todos los géneros el más agradable de leerse»*. *«La curiosidad, añade, excitada por el ruido que aquellos personajes han hecho, quiere ver de cerca y contemplar más despacio á los que con sus talentos, virtudes y vicios extraordinarios han contribuido á la formación, progresos y atraso de las naciones»*.

Sin embargo, en las últimas *Vidas* que escribió, la de Vasco Núñez de Balboa, principalmente, nos da bastante más de lo ofrecido, pues en ellas no hallamos solamente la prosa histórica más animada y robusta y elocuente de la época, y las anheladas enseñanzas morales, sino también mayor diligencia en el estudio de las fuentes, erudición más abundante y escogida, y sentido crítico ménos

abstracto y por consiguiente, mas en armonía con la naturaleza propia de la Historia.

Se engañan los que atribuyen á Quintana una inflexibilidad de criterio, una uniformidad absoluta de ideas, en sus versos y en sus prosas, en los diferentes períodos de su vida. Semejante juicio, ya venga de sus admiradores, ya de sus adversarios, carece de fundamento. Creo que me será fácil restablecer la verdad en este punto, mejor dicho, que el mismo Quintana sea quien nos la patentice en sus propios escritos.

Y lo primero que en ellos observamos, es el divorcio completo que en la mente de nuestro autor existía entre la Edad Media y la Moderna, como si no fuese la una continuación y heredera legítima de la otra: viendo en la primera días hermosos de heroismo y de gloria, y en la segunda de decadencia y de ruina. El poeta, en su oda *A Guzmán el Bueno*, y el historiador en su *Introducción histórica á una colección de poesías castellanas* y en sus *Vidas del Cid, Guzmán, Roger de Lauria, D. Alvaro de Luna, el Príncipe de Viana y el Gran Capitán*, nos ofrece repetidos testimonios de la indulgencia, mejor dicho del afecto, á veces entusiasmo, que el período de nuestra Historia que comienza en D. Pelayo, y termina en los Reyes Católicos le inspira siempre. Su doctrinas filosófico políticas, duermen entonces, en el fondo de su alma, ó enmudecen si rara vez despiertan, ahogadas y vencidas por sus enérgicos sentimientos, genuinamente españoles. Las mismas creencias y los propios hechos tan duramente combatidos por él en tiempos posteriores, son aquí juzgados, generalmente, sin pasión y aun con respeto y

cariño. ¿Qué retrato más exacto y elocuente que el que nos ha dejado de un santo, el glorioso conquistador de Sevilla?

«La lucha, incierta y nunca interrumpida por cinco siglos con los bárbaros usurpadores, escribe, tomó en los días de aquel heróico Príncipe el aspecto majestuoso de un triunfo continuado»; «la balanza del destino se inclinó decididamente á favor nuestro, y señaló á los enemigos su último desenlace en Granada». «Viéronse entonces reunidas sobre el trono de Castilla, y en la persona de su rey, todas las virtudes de un hombre, todas las cualidades brillantes de un héroe, y todos los talentos de un monarca. Prudencia, rectitud, firmeza, inocencia de costumbres, piedad sin igual, amor al orden, celo incesante por la perfección civil y moral de su pueblo: todo inspiraba á los suyos amor y reverencia, todo llenaba á los extraños de respeto y admiración. Los castellanos perdieron en él un legislador y un padre; los enemigos mismos, debelados por su valor, hicieron demostraciones de sentimiento en su muerte; la Historia le ha puesto en el templo de la gloria; la Iglesia, para la veneración de los fieles, le ha colocado en los altares».

Asimismo, cantando al héroe de Tarifa, da rienda suelta á su admiración sin límites no sólo por el gran patrio, sino por todos los héroes y hazañas de la reconquista, llegando, en su entusiasmo, hasta á sentir amargamente no haber nacido en aquellos tiempos. Comparando la España moderna con la antigua, la dice:

..... tú, en otros días,
Con victorioso patriotismo, bellos,

De gloria ornada y de esplendor te vías.
 ¡Ah! ¿por qué yo infeliz no nací en ellos?
 Entonces los Alfonsos esforzados,
 El hijo de Gimena, y gran Rodrigo,
 Rayos horribles de la gente mora,
 Con sus nervudos brazos no cansados,
 Desolación del bárbaro enemigo
 Eran siempre en la lid espantadora.
 ¿Quién diera á mi deseo
 Tantos lauros contar? Cada llanura
 Fué campo de batalla,
 Cada colina vencedor trofeo;
 Los sitios mismos que el baldón miraron,
 Miraron la venganza, y las afrentas
 En torrentes de sangre se lavaron.

¡Lástima grande que inteligencia tan recta para juzgar, y corazón tan noble para sentir las grandezas de la vieja España, pudiese abrigar las injusticias que fulmina contra la España de los siglos XVI y XVII en los admirables versos de sus cantos políticos: «*A Juan de Padilla*», «*El Panteón del Escorial*» y «*La Propagación de la Vacuna en América*». Continuadora en lo bueno y en lo malo de la España del siglo XV, como por ley histórica no podía menos de ser inevitablemente, fué, sin embargo, para nuestro poeta una España completamente nueva, y, lo que más sorprende, obra personal de los Monarcas austriacos, en la cual, con ser el período de mayor florecimiento nacional, todo es sombrío, todo corrupción, intolerancia, despotismo, vergüenza, ruina; porque el poeta, consecuente con las doctrinas históricas de sus días, ha querido encarnar en aquellos tiempos sus odios y rencores, para despertar más vivamente el amor á la libertad, la tolerancia, el progreso y la filantropía, amores de su corazón, númenes de su inteligencia.

Así Quintana, así todos los apóstoles de las nuevas ideas, leyendo nuestra historia en los libelos franceses, se hacían eco de la malquerencia transpirenaica á los vencedores de Pavía y San Quintín, siendo, de este modo, sin quererlo y sin saberlo, extranjeros en su misma patria.

Del Quintana poeta bien puede decirse, con entera justicia, lo que él escribía de su amigo y camarada el poeta Cienfuegos, que fué «escritor entregado todo á la ilusión de la filantropía más exaltada», «defensor valiente de todas aquellas virtudes en que consisten la dignidad y la elevación humana». Y que, «el fondo de ideas sobre que su imaginación se ejercita puede decirse tomado de la filosofía francesa, aunque no ciertamente el tono y el carácter». Sólo resta añadir para completar el retrato, que Quintana aventajó seguramente á su idolatrado amigo, no sólo en mejor gusto, y mayor propiedad de estilo y de lenguaje, sino en grandeza de inspiración, cualidades todas á las que debió ser, sin duda, el poeta más grande de su tiempo. La supremacía del cantor de la Imprenta era tan evidente, que los primeros en reconocerla fueron los mayores ingenios de la escuela de Meléndez, á la que nuestro poeta pertenecía. Gallego lo canta por su oda *Al combate de Trafalgar*, apellidándole *Pindaro nuevo*; cántalo también Lista, á su vuelta á Madrid en 1828, y Martínez de la Rosa, con ser tan grande, se presta gustoso y modesto á conducirlo, á recibir de manos de la Reina de España la merecida Corona, confiada después á nuestra guarda. Grandes poetas posteriores, Tassara, Núñez de Arce, Ruiz de Aguilera, tienen á gloria enaltecer su nombre: críticos tan acerbos como Gallardo, ó tan des-

contentadizos como Alcalá Galiano, tuvieron para él entusiastas alabanzas; y los historiadores que con mayor erudición y competencia han trabajado luego en la rectificación de los errores de Quintana y de su tiempo, relativos á la Casa de Austria, como el historiador de *Las Alteraciones de Aragón*, ó el autor de los *Estudios del Reinado de Felipe IV*, no han tenido rivales en la admiración y el entusiasmo por las grandes virtudes del patrio y las altísimas prendas del laureado poeta.

En esta meritoria empresa de rectificaciones históricas hay que contar, por dicha, al mismo Quintana. El espectáculo sangriento de la Revolución francesa, si no ejerció en él el propio efecto que en Alfieri, modificó no poco la exaltación de sus ideas filosóficas y políticas, llevándole á reconocer, como más tarde escribía, «*que en todas las cosas..... vale más mejorar que destruir*». La invasión francesa avivó el patriotismo del Cantor de Guzmán *el Bueno*, que se desbordó bien pronto en cantos, tan sublimes como la oda *Al Armamento de las provincias españolas*.

El poeta que, en la oda *Al Mar*, había dicho:

Guerra: ¡bárbaro nombre!.....

cantaba entonces

¡Guerra! nombre tremendo, ahora sublime.

Y ¿por qué? Porque veía en esa guerra el

Único asilo y sacrosanto escudo
Al ímpetu sañudo
Del fiero Atila que á Occidente oprime!

En aquellos días, viendo, con espanto, que el imperio de libertad, igualdad y fraternidad, con que Francia había brindado á las naciones, se había convertido en la fraternidad del patíbulo, la libertad de la muerte y la igualdad de las tumbas; que no la filantropía, ni la paz, sino la tiranía y la fuerza, dominaban dentro y fuera de Francia, gritaba lleno de indignación:

Europa sabe, de escarmiento llena,
Que la fuerza es la ley, el Dios que adoran
Esos atroces vándalos del Sena.

Entonces, también, pudo convencerse de que el pueblo que en sus cantos anteriores nos había pintado envilecido y aherrojado por todas las tiranías, fué el primero que osó hacer frente á ese *Atila* y á esos *vándalos*; probando así al mundo entero la vitalidad y grandeza de su alma, y que ardían en ella, como en los días más gloriosos de nuestra historia, el culto del honor y el amor de la patria.

Entonces, por último, al volver sus ojos á la España de los siglos XVI y XVII, ya no vió en ella la España que nos había pintado con galos colores en su oda *A Juan de Padilla*, sino

..... la nación que un día
Reina del mundo proclamó el destino,
La que á todas las zonas extendía
Su cetro de oro y su blasón divino.
Volábase á Occidente,
Y el vasto mar Atlántico sembrado
Se hallaba de su gloria y su fortuna.
Do quiera España; en elpreciado seno
De América, en el Asia, en los confines
Del Africa, allí España. El soberano

Vuelo de la atrevida fantasía
 Para abarcarla se cansaba en vano;
 La tierra sus veneros le rendía,
 Sus perlas y coral el Océano,
 Y donde quier que revolver sus olas
 El intentase, á quebrantar su furia
 Siempre encontraba costas españolas.

Como el poeta, el historiador, á su vez, rectificó, igualmente, si no todos, los mayores errores en que como tal historiador había incurrido. Así, por ejemplo, tratando de la decadencia y atraso de los estudios en España, escribía: «Esta enfermedad no fué particular de España, fué general en toda Europa. Al mismo tiempo, que nuestros inquisidores asestaban sus tiros contra Arias Montano y hacían gemir en sus calabozos á Luis de León y al Brocense, los puñales fanáticos de París se afilaban para asesinar á Ramus, los inquisidores de Roma forzaban á Galileo á abjurar una verdad evidente para él, y hasta en un país de libertad, en Holanda, el miserable Voet, tenía crédito bastante para inquietar á Descartes, hacer condenar su doctrina, y proyectar una grande hoguera en que fueran devorados sus escritos».

Lo propio acontece por lo que toca á los descubrimientos y conquistas de España en América. El poeta que, en su oda *Al Mar*, tiene elogios para Vasco de Gama y Cook, y olvido para Vasco Núñez de Balboa: el que, en su oda *A Juan de Padilla*, y por boca de este héroe, dice á los españoles:

..... de horror cubierto
 Vuestro genio feroz hiende los mares,
 Y es la inocente América un desierto;

el mismo que en su oda á la *Propagación de la Vacuna*, nos hace decir á América que ya no somos

Aquellos que al silencio en que yacias
Sangrienta, encadenada, te arrancaron,

es, más tarde, el biógrafo de Vasco Núñez de Balboa, de Pizarro y las Casas, que si tiene graves censuras para las crueldades, tiene también frases de alabanza para las acciones levantadas y generosas. Y si peca de exagerado é impertinente ponderando la codicia de los españoles, no deja de reconocer, tampoco, los sufrimientos que pasaban para satisfacerla.

» Tenían los conquistadores, escribe, que abrirse camino por medio de dificultades y peligros, que sólo aquellos hombres de hierro, podían arrostrar y vencer. Aquí tenían que penetrar por bosques espesos y enmarañados; allá atravesar pantanos fatigosos, donde cargas y hombres miserablemente se hundían; ahora se les presentaba una ágría cuesta que subir, luego un precipicio profundo y tajado que bajar, y á cada paso ríos rápidos y profundos, sólo practicables en balsas mezquinas ó en puentes trémulos y endebles; de cuando en cuando la oposición y resistencia de los salvajes, siempre vencidos, pero siempre temibles; y sobre todo la falta de provisiones que, agregadas al cansancio y al cuidado, abatía y enfermaba los cuerpos y desalentaba los ánimos ».

De los tres célebres españoles citados, es Vasco Núñez de Balboa quien está tratado con más bondad y Pizarro con más dureza. Había leído nuestro autor, en su juventud el novelesco y denigrante poema de Marmontel

Los Incas, y su lectura le había impresionado tan hondamente, que en su primer obra poética, su ensayo «*Las Reglas del drama*», «*mera tentativa de un principiante, el cual no había cumplido á la sazón (1791) veinte años de edad*», como, más tarde escribía, pintaba de este modo la muerte de Atahualpa:

A pesar de sus míseras cadenas,
Del español á vista el peruano
Renueva y pinta sus antiguas penas;
Y al ver el espectáculo inhumano
En que el inca infeliz gimiendo espira,
Grita y maldice á su opresor tirano.

El tiempo y las maduras reflexiones que otros hechos merecieron á nuestro autor, influyeron bien poco en sus primeras impresiones relativas á la conquista del Perú.

En cuanto al P. Las Casas, hay que reconocer igualmente los esfuerzos que hace, en ocasiones, para mantenerse dentro de los límites que estima justos y prudentes, que el abandono con que, en otras, se entrega á los sentimientos y doctrinas del protector de los Indios. Esto último es bien comprensible, teniendo en cuenta que, á pesar de la diferencia de tiempos y de ideas, el teólogo del siglo XVI y el filósofo del XVIII habían de coincidir naturalmente en el sentimiento de protección á los débiles, de compasión á los vencidos y de hostilidad y aversión á los vencedores. Lo que en Las Casas es caridad, en Quintana es filantropía, y en su filantropía Quintana y en su caridad Las Casas, son igualmente dos exaltados, dos fanáticos, dos apóstoles, á quienes no bastan á refrenar en la predicación de sus doctrinas ni el sentimiento

de la patria ni la realidad de la vida y de la Historia.

En uno y otro hay que distinguir de igual manera el pensador y el historiador: en el primer concepto, ambos se adelantaron á su época y merecen admiración del mismo modo, por la elevación de sus ideas, y la generosidad de su apostolado: en el segundo, hay que desconfiar de ellos en las cuestiones que se rozan con las causas que defienden. Una diferencia, sin embargo, y de no escasa importancia, existe, seguramente, entre el *Historiador de las Indias* y el biógrafo de *los españoles célebres*: en Quintana hubo arrepentimientos, enmiendas, rectificaciones nobilísimas: en Las Casas jamás. Ni la catástrofe de sus originales ensayos de colonización, ni el fracaso de su gobierno episcopal, ni el peso de los años, le hicieron cambiar un ápice en sus teorías.

Quintana fué coronado, en justicia, por su patria, no obstante sus errores. El Obispo de Chiapa murió olvidado, y hasta no han podido ser halladas, luego, sus cenizas. Un monumento que eternice la memoria de su generoso apostolado sería obra digna y noble en estos días preparatorios de la celebración del IV Centenario del descubrimiento de América.

HE DICHO.



